

ANIVERSARIO N° 20 INSTITUTO DE LETRAS
Campus Oriente **27 de diciembre de 1991**

1.- Cinco años atrás, cuando hablaba en la celebración del 15 aniversario del Instituto, me referí especialmente a dos tópicos: el primero de ellos era el efecto tan peculiar que tiene el cultivo de las letras de acercarnos al hombre mismo, valor que fue resaltado temáticamente en el curso del Renacimiento, cuando el encuentro con los "auctores" se transformó en una suerte de encuentro con una humanidad ideal, con un ideal de lo humano hecho concreto. El segundo tópico era este, que nuestro siglo asiste a un desarrollo aparentemente paradójico, por el cual la ciencia literaria, las ciencias humanas en general, usan cada vez en mayor medida de modelos adaptados de las ciencias exactas y naturales, mientras que estas buscan de modo siempre más reiterado, erigirse en formas válidas de interpretación global de lo humano. Tal vez valdría hoy la pena volver sobre estos dos puntos, la aproximación al hombre y la interpenetración entre ciencias del hombre, ciencias naturales y ciencias exactas, mirándolos desde un punto de vista de nuestra vida institucional y de algunos hechos que la han marcado en este lustro recorrido.

2.- En el último tiempo se destaca nítidamente para nosotros el acontecimiento de la publicación de la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*. Ella sintetiza la enseñanza pontificia de muchos años, y fuera de su parte normativa, nos propone una meditación sobre la Universidad y su sentido, que valdría la pena retomar hoy a propósito del cultivo de las letras.

3.- Las palabras iniciales "ex corde ecclesiae" merecen una consideración especial. El cristianismo ha valorado de modo especial, único entre las grandes religiones, la relación de la fe religiosa con el trabajo creador del espíritu humano. Este es un tema al que me he tenido que referir en diversas ocasiones, porque lo encuentro esencial, para captar una dimensión de la revelación de Dios en Jesucristo. San Justino, el apologista y mártir veía en la sabiduría pagana verdaderas "semillas del Verbo". Tertuliano en el "Testimonium animae" interroga al alma humana libre de prejuicios o de desviaciones, para encontrar allí, en el más sencillo lenguaje, un asentimiento profundo a la verdad revelada. Para los grandes Concilios Ecuménicos, una parte del problema fue el de verter en lenguaje de la filosofía pagana las verdades de la revelación de Jesucristo. El Renacimiento carolingio procuró- y en buena medida obtuvo- la reforma de la iglesia en el imperio franco a partir de un impulso memorable dado al cultivo de las letras profanas, cuya memoria queda en las cartas del propio Carlomagno, así como en la obra de hombres como Alcuino o Teodulfo de Orleans. Es cierto que después del gran cisma, los rasgos de esta interacción se hacen más difíciles de seguir, más intrincados. Sin embargo, puede decirse que no ha habido espiritualidad cristiana si no es en interacción con la cultura del tiempo

correspondiente. El cultivo de las letras y las ciencias se halla exigido en cierta manera por la propia dinámica de la revelación. Y esta actitud de interpenetración es un rasgo que distingue ciertamente a la religión cristiana de todas las grandes religiones de la historia.

4.- Pero la expresión "ex corde ecclesiae" apunta a algo más profundo que a una relación entre fe cristiana y cultura. Según esta expresión, la Universidad no es un ente desprendido "ab ecclesia", sino originado "ex ecclesia", que es la expresión que se usaría para significar generación, como cuando en el Credo se dice del Hijo, "ex Patre natum". Y el "cor ecclesiae" es el centro mismo de la personalidad, el núcleo de la identidad de la Iglesia. No se trata entonces de algún rasgo especial del cristianismo; no estamos hablando de la relación fe-cultura o fe-ciencia; sino de la forma en que un ente social determinado que es la Universidad Católica debe hacer valer esta condición suya de ser nacida del núcleo mismo de la identidad eclesial. No creo estar forzando las palabras del Papa. El había hablado ya de una especie de "connaturalidad entre Iglesia y Universidad", y esta expresión que fue usada en un discurso pronunciado con ocasión de la visita a una Universidad, y que pudo parecer audaz, encuentra una formulación más categórica todavía en la reciente Constitución Apostólica.

5.- Esto tiene que significar entre otras cosas, que hay una misión de Iglesia que realiza esta institución universitaria como tal, y que esa misión no es lo mismo que la tarea cultural que desarrollan o pueden desarrollar cristianos, ya sea aislados o en diversas formas de agrupación, en cumplimiento de su misión en el mundo de la cultura. Tales esfuerzos son por supuesto preciosos, ellos pueden ser mucho más valiosos que la tarea de una Universidad determinada, su necesidad puede ser más apremiante; pero son una cosa distinta. Miradas las cosas de otro lado, puede ser que la universidad no cumpla esa misión específica, incluso que sus miembros no la entiendan; pero en esa actitud se hallaría latente una falla institucional grave por mucho que se cumplieran de modo meritorio muchas de las funciones universitarias principales.

6.- ¿Cuál es esa misión de Iglesia a la que se refiere el Papa? En el núm. 4 de la Constitución Apostólica, se dice: "Es un honor y una responsabilidad de la Universidad católica consagrarse sin reservas a la causa de la verdad....nuestra época tiene en efecto necesidad urgente de esa forma de servicio desinteresado que es el de proclamar el sentido de la verdad...".

Creo que es significativo recordar la fiesta litúrgica de hoy, la del Patrono de este Instituto. En los escritos de San Juan, se hace un énfasis especial en la Verdad. Cuando Pilatos interroga a Jesús "qué es la verdad?" (Jn 18, 38), da la impresión de que no esperaba ninguna respuesta. En el hecho, el procurador interrumpió allí el diálogo, probablemente porque su espíritu flotaba en una especie de

escepticismo radical, no tan distinto del que prevalece hoy día: escepticismo que cree por experiencia en la eficacia de la acción, en el poder, en la riqueza, en las verdades particulares que le permiten manipular porciones del mundo; pero que al mismo tiempo desecha la pregunta sobre una eventual raíz de toda verdad, de toda realidad, una raíz que sea capaz de conferirles al hombre y al mundo un sentido.

7.-Sin embargo, la Verdad que podía salvarlo estaba allí de pie delante de Pilatos, y continúa presente ante nosotros en la Iglesia que es el lugar sacramental del encuentro con Cristo y del acceso a la vida nueva. Nuestra propia institución es nacida del corazón de esa Iglesia, y a ella le corresponde entonces dar testimonio de que son verdad las palabras del Concilio cuando dice: "sólo en el misterio del Verbo Encarnado empieza a aclararse el misterio del hombre". Si no queremos vaciar estas palabras de toda su fuerza y su sentido, tenemos que entender que lo que podemos llamar la vida humana en el orden "temporal", o "natural" no camina por un plano distinto y paralelo al de la vida de la gracia. Y que si el hombre quiere su plenitud humana, no puede renunciar a una relación entre Jesucristo y la vida real, porque es precisamente esa relación la que le da su sentido a la existencia.

8.- Es indudable que esto obliga a matizar algunas concepciones muy arraigadas de la vida universitaria contemporánea. Todos hemos escuchado - todos hemos dicho probablemente - que una Universidad Católica es ante todo una Universidad, a la que se han de sobreagregar algunas características para especificarla. Y que en consecuencia, su primera e irrenunciable meta es la de ser una "buena universidad", la de alcanzar la llamada "excelencia académica", para que sobre este cimiento se agregue lo propio de la universidad católica. Si he de decir la verdad, las nociones de "buena universidad" o de "excelencia académica" me parecen débiles y vacías para fundar una obra del espíritu. Las siento como una especie de renuncia a definir francamente qué es aquello que consideramos "excelente" o "bueno". Ni siquiera creo que la Universidad en que pensó p.ej. Schelling en el caso de Alemania, o las Escuelas de Francia en las que lidió Abelardo se hayan propuesto metas tan modestas e indecisas. Es obvio que hay un cierto nivel de "buena universidad" o de "excelencia académica" que son como condiciones necesarias, supuestos inexcusables, para poder hablar del funcionamiento de una universidad. No mucho más en suma que lo que podría ser la respiración o la circulación de la sangre como condiciones ineludibles del filosofar. Nuestra perfección - supuesta nuestra condición de universidad - ha de buscarse en la medida en que hagamos efectivamente presente, no una vaga sensibilidad cristiana, sino el misterio de la Iglesia.

9.- Nos hemos acostumbrado a pensar que una Universidad Católica es una especie, un tipo dado entre las universidades. Pero yo los invito a pensar que la Universidad puede haberse originado como una especie, un tipo dado, entre las

obras de propagación del Evangelio, entre las obras por las cuales la Iglesia se ha hecho presente en el mundo. Y por mucha que sea la historia que ha corrido desde los orígenes de la institución, podría ser que aun ahora, "católica" no sea un adjetivo que modifica al sustantivo "universidad", sino que ambas palabras estén articuladas en un binomio en el que los dos términos tienen la misma fuerza expresiva

10.- Nuestro trabajo se desarrolla en los mismos terrenos de costumbre: mucha docencia, a veces una docencia abrumadora; estudios personales o colectivos, investigaciones, extensión, servicios, publicaciones, administración. Todas esas acciones pueden - y ciertamente deben - desarrollarse en la mejor forma que podamos darles. Pero hay que cuidarse de que la propia vida académica no se transforme en una suerte de evasión que procure eludir una respuesta a las más profundas inquietudes de nuestro fin de siglo. De modo conciente o inconciente, lúcido u oscuro, el hombre y la mujer de hoy preguntan por el sentido de su existencia. La fragmentación de las confesiones cristianas a raíz de la Reforma, la introducción de la noción de una naturaleza humana a la que se podía abordar con la pura razón o con el método científico, desligándola del carácter trascendental de la persona; la disgregación de los valores amputados de su referencia a la misma persona; el mismo progreso vertiginoso de la ciencia y de la técnica, han llegado a plantear preguntas verdaderamente angustiosas a los que se ocupan de los temas que caen dentro de la tradición humanística.

10.- Somos testigos, y a veces víctimas de una peligrosa complacencia ante la crisis de las ideologías. Nos resistimos a aceptar que la crisis del marxismo hace más apremiantes esas preguntas por lo mismo que el derrumbe estrepitoso de los socialismos reales induce a muchos a pensar que ha fracasado una visión errada del hombre y de la sociedad, para ser sustituida por una que es más acorde con la naturaleza humana. Es cierto que se ha hundido - a Dios gracias - una expresión degradante y peligrosa del materialismo, pero es igualmente cierto que su lugar amenaza con ser ocupado por otras ramas del mismo tronco mortal, y que hay una labor de discernimiento creativo al que están llamados todos aquellos que piensan que hay una intervención real de Dios en la historia humana, y que si esa intervención no es ilusoria, ella está reclamando a cada pensador, a cada educador, con la exigencia "crede ut intellegas".

11.-El humanismo, por definición no puede ser neutro o indiferente respecto del hombre. El está llamado a discernir qué es lo que está en el fondo de esas preguntas que afloran a los labios de todos los hombres y mujeres de la época.

Estoy seguro de que fue esa la convicción que animó al humanismo cristiano en las épocas de sus mejores y más decisivas producciones. Si nos limitamos a nuestro mundo hispánico, ese fue el sentido por ejemplo, de Salamanca o Alcalá: buscar respuestas reales, pertinentes. a preguntas reales, pertinentes, sobre el

destino humano. La ímproba labor de la Biblia Poliglota quiso ser una respuesta erudita a la más candente de las cuestiones de su tiempo. Las querellas de la escuela salmantina sobre el trato a los indios, revelaban una sensibilidad especial a una cuestión al mismo tiempo profundamente humana y específicamente cristiana. En ambos casos decantaba el drama espiritual de una época y la voluntad de darles a tales cuestiones una respuesta de Iglesia, una respuesta arraigada en la experiencia de Jesucristo en la Iglesia y que le sirviera a la Iglesia para servir al mundo. La erudición, o la perfección formal del raciocinio no eran valores buscados "per se", sino condiciones o supuestos para llegar a formular las exigencias más profundas de la existencia humana.

12.- Hoy somos de nuevo y como siempre interpelados. Pero la interpelación es aun más apremiante. Las matemáticas, la física y la biología más recientes, reabren la cuestión de si los fenómenos históricos y culturales no son tributarios para su interpretación de las ciencias naturales. Y luego, ¿Es la verdad un constructo social? ¿Sustituye la fenomenología psicológica a la aprehensión filosófica del ser? ¿Hay criterios de verdad rigurosos y válidos que escapen a la concepción científico-tecnológica del mundo? ¿Es la economía, es la ciencia en general, un campo ajeno al de la ética, o conectado a ella de modo sólo accidental? Tal vez estas preguntas no están muy rigurosamente formuladas en la forma en que lo hago. Pero es bueno que así sea, pues las plantea un hombre de las ciencias naturales que antes que ocuparse de una expresión rigurosa de este género de problemas, experimenta el aire enrarecido en el que se mueve el espíritu del hombre corriente, y busca en torno para encontrar a aquellos que lo podrían apoyar. Es tarea del humanismo asumir esas interpelaciones, para reformularlas desde un punto de vista específicamente católico. Si Jesucristo murió por nosotros y si la Iglesia es el sitio sacramental del encuentro del hombre con él, tenemos que comportarnos como si eso fuera lo más determinante de toda la realidad. No podemos seguir en el supuesto ingenuo de que se puede edificar una sociedad humana poniendo entre paréntesis aquello que es lo más importante que ha acontecido en la historia de la humanidad.

13.- Eso reclama la reflexión sobre la totalidad de lo que hacemos y desde la totalidad de lo que somos. Y eso significa un sentido. Un sentido, un Logos, que es lo que proponía el santo patrono de este instituto como Aquello que era en el principio. Un sentido para nuestra labor educativa, porque ella no puede eludir la transmisión de la antropología cristiana. Para nuestra labor de estudio e investigación, requerida por urgencias distintas y caminos nuevos. Y para nuestra propia organización universitaria, porque un verdadero humanismo cristiano no podría estar fabricado de retazos yuxtapuestos de disciplinas de corte humanístico que no se inquietan de que haya o no haya un sentido de la verdad.

Podemos entonces interrogarnos sobre la forma en que estamos respondiendo nosotros. Qué es lo que el mundo podría esperar de nosotros como universidad

católica, qué es lo que tendría derecho a esperar, aunque el mismo mundo que nos necesita no se lo pudiera formular. Qué es lo que puede darle, no un simple grupo de intelectuales que son en su mayoría católicos, sino una institución católica que está llamada por su propia naturaleza a transmitir algo que brota de la experiencia de Jesucristo en la Iglesia.

Cierto que puede parecer una actitud presuntuosa y una pretensión puesta más allá de nuestro alcance, pero yo tiendo a pensar como Gregorio de Niza que "es en la disposición a aspirar siempre a un bien más alto donde se encuentra la perfección de la naturaleza humana".